

POLÍTICA Y SEGURIDAD

Lorenza Sebesta
Università degli Studi di Bologna, Argentina
Lorenza.Sebesta@unibo.it

El espacio negado
La militarización del espacio como clave de
lectura de los cambios que están teniendo lugar
en el frente de la seguridad¹

*Space denied
Militarization of space as a key to understanding the changes
that are taking place now on the security front*

*O espaço negado
A militarização do espaço como chave de leitura das
mudanças que estão ocorrendo no domínio da segurança*

Artículo de investigación científica recibido el 01/07/2010 y aprobado el 02/11/2010

1 Nota del editor: CS agradece a la profesora Lorenza Sebesta, de la Università degli Studi di Bologna, por conceder y tramitar el permiso para la traducción y la publicación de este artículo en nuestra revista. El título original de este trabajo es: “Lo spazio negato. La militarizzazione dello spazio come chiave di lettura dei mutamenti in atto sul fronte della sicurezza”. La traducción del italiano al español es de Rafael Silva Vega. Revisión final de Lelio Fernández.

Resumen

Este artículo presenta un análisis de la militarización del espacio extra-atmosférico en la segunda post-guerra. Primero se ofrece un recorrido del origen del tratado que estableció su llamada “santuarización” (*Outer Space Treaty*, 1967), subrayando el rol del reconocimiento satelital como elemento estabilizador de la Guerra Fría. Sigue un análisis del desarrollo de las doctrinas y prácticas de los Estados Unidos en el campo espacial hasta llegar al fin de la Guerra Fría, a las intervenciones armadas de los noventa y a los acontecimientos posteriores al ataque a las Torres Gemelas. En él se hace hincapié en la centralidad del espacio en la visión moderna de los conflictos llevados a cabo por las fuerzas armadas estadounidenses y se subraya cómo este cambio ha puesto en peligro uno de los principios fundamental del *Outer Space Treaty*: la naturaleza de espacio en cuanto *res communis omnium*.

Palabras clave: Espacio Extra-tmosférico, Militarización, Guerra, Seguridad

Abstract

This article presents an analysis of the militarization of outer space in the second post-world war period. Firstly, it provides a walkthrough of the origin of the treaty that established what was called “santuarization” (*Outer Space Treaty*, 1967), stressing the role of satellite recognition as a stabilizing element of the Cold War. Then, it goes on with a review of the evolution of doctrines and practices of the United States in outer space until the end of the Cold War, military interventions of the 1990s, and the events following the attack on the Twin Towers. It also emphasizes the centrality of space in the modern view of the conflict in which U.S. armed forces have been involved and discusses how this change has jeopardized one of the fundamental principles of the *Outer Space Treaty*: the nature of space as *res communis omnium*.

Key Words: Outer Space, Militarization, War, Security

Resumo

Este artigo apresenta uma análise da militarização do espaço extra-atmosférico na segunda pós-guerra. Primeiro é apresentado um percurso da origem do tratado que estabeleceu a chamada “santuarização” (*Outer Space Treaty*, 1967), enfatizando o papel do reconhecimento via satélite como elemento estabilizador da Guerra Fria. Em seguida é feita uma análise do desenvolvimento das doutrinas e práticas dos Estados Unidos no campo espacial até chegar ao final da Guerra Fria, as intervenções armadas dos anos noventa e os acontecimentos posteriores ao ataque as Torres Gêmeas. Nele se enfatiza a centralidade do espaço na visão moderna dos conflitos conduzidos pelas forças armadas estadunidenses e se realça o modo como essa mudança colocou em perigo um dos princípios fundamentais do *Outer Space Treaty*: a natureza do espaço enquanto *res communis omnium*.

Palavras-chave: Espaço Extra-atmosférico, Militarização, Guerra, Segurança

Introducción²

El espacio es enigmático: una especie de casa de la familia Addams, con muchas puertas que se abren hacia el infinito y algunas trampas. Ningún militar sensato conduciría en él una batalla. Sin embargo, al mismo tiempo, el espacio extra-atmosférico es una extensión del cielo sobre el cual el hombre nunca ha dejado de buscar extender su dominio y, consecuentemente, la militarización que es una de sus más clásica articulaciones.

Por esto, la tecnología y las ciencias espaciales se han desarrollado, en casi todos los países, “sobre las alas de los militares”,³ es decir, con un fuerte apoyo financiero y logístico de las fuerzas armadas, interesadas en comprender la naturaleza del *medium* que se perfilaba como potencial “nueva frontera” de la guerra. Esto se hizo aún más cierto en el momento en que un satélite soviético, el *Sputnik I*, puesto en órbita desde una versión modificada de un misil balístico intercontinental (R-7), nos hizo presagiar una posible ocupación por parte de los militares. Y, desde entonces, muchas trampas han sido reveladas (lo que no siempre ha querido decir saberlas superar) —se ha comprendido, por ejemplo, cómo y por qué los *cinturones de radiación* de Van Allen interfieren los equipos electrónicos montados a bordo de los satélites. Otras permanecen insondables, como, por ejemplo, la probabilidad de que un meteorito destruya la tierra. Otras, sin embargo, se han agregado a aquellas primeras por nuestra culpa, como en el caso de los *desechos espaciales (space debris)*: sobre un total de más de 8.700 objetos fabricados por el hombre,⁴ sólo el 6% son naves espaciales en funcionamiento, el resto es basura.⁵ Un preocupante basural sobre nuestras cabezas.

La santuarización del espacio

A causa de su naturaleza insondable y, sobre todo, por la sustancial imposibilidad de predecir quién, tecnológicamente, habría prevalecido en la carrera

2 Este trabajo es una revisión parcial del artículo “Il controllo militare dello spazio”, que fue publicado en *Conflitti Globali*, No. 5, 2007, pp. 103-113. Agradezco a los editores de esa publicación el permiso de reproducción de este trabajo y a los dos árbitros designados por la revista CS, donde ahora se publica tras una nueva revisión, por sus útiles comentarios. Los documentos a los cuales se hace referencia aquí van hasta el final de la presidencia de Bush jr.

3 David de Vorkin, *Science with vengeance: how the military created the US space science after world war II*, New York, Springer-Verlag, 1992.

4 La tecnología actual permite detectar objetos de dimensiones superiores a diez centímetros en órbita media-baja y de un metro en órbita geostacionaria.

5 Los datos de la investigación, la más completa hasta ahora, llevada a cabo bajo los auspicios de la Agencia Espacial Europea, fueron proporcionados por el Comando Espacial de EE.UU., que registra la existencia de los objetos espaciales con la ayuda de radar y telescopios ópticos, ver: Mehrholz D., L. Leushacke, W. Flury, R. Jehn, H. Klinkrad, M. Landgraf, “*Detecting, Tracking and Imaging Space Debris*”, en: *ESA Bulletin*, n. 109, February 2002, pp. 128-134. Disponible gratuitamente en ondas: www.esa.int/esapub/Bulletin/bullet109/chapter16_bul109.pdf.

espacial, los Estados Unidos y la Unión Soviética decidieron, consensuadamente, en los años sesenta, bloquear cualquier posibilidad de colonización militar en su contra. Después de unos años, y golpes de opinión, se pusieron de acuerdo para “santuarizarlo”, desmilitarizándolo y prohibiéndose cualquier posible reclamación de soberanía. Lo hicieron en 1967, a través de un tratado internacional, el *Outer Space Treaty* (formula abreviada para indicar el *Treaty on Principles Governing the Activities of States in the Exploration and Use of Outer Space, Including the Moon and Other Celestial Bodies*)⁶ que, del mismo modo que para la alta mar, buscaba salvaguardar este (no) lugar de la extensión del principio de soberanía.

El tratado tenía algunas características peculiares, entre las que resaltaba la ausencia de una definición del campo de aplicación de sus propias reglas. En pocas palabras: no definía lo que se tenía que entender por espacio extra-atmosférico, qué era su objeto. Paradójico para los juristas, pero no para los políticos, esta ausencia se debió, sólo en parte, a las características singulares del espacio y, de manera particular, a la dificultad de individualizar los parámetros objetivos para distinguir entre el espacio extra-atmosférico y el espacio aéreo inferior.⁷ Más importantes, al parecer, fueron las consideraciones políticas. Cuando se le preguntó a Nikita Krushev⁸ si no pensaba que “su” *Sputnik* había violado el espacio aéreo de todos los países sobre los cuales había orbitado en octubre de 1957, la respuesta, se dice, fue “que no era que el *Sputnik* estuviera sobrevolando la tierra, sino que la tierra orbitaba debajo”.⁹ Y nadie protestó.

Entre las peculiaridades del tratado, algunas eran en verdad interesantes: la primera se refería a la caracterización del espacio y de los cuerpos celestes como: “[...] abierto para su exploración y utilización a todos los Estados sin discriminación alguna en condiciones de igualdad y en conformidad con el derecho internacional [...]” (art. I). Y no sujeto a ningún tipo de: “[...] de apropiación

6 El texto del tratado es reproducido totalmente en: *United States Arms Control and Disarmament Agency, Arms Control and Disarmament Agreements. Texts and Histories of the Negotiations*, U.S. Government Printing Office, Washington D.C., 1990, pp. 55-59. Para una visión jurídica sobre el asunto y referencias a fuentes primarias y secundarias en castellano, ver: Cesáreo Gutiérrez Espada, “La militarización del espacio ultraterrestre”, en: Revista electrónica de estudios internacionales, n. 12, 2006, pp. 1-30 [http://www.reei.org/reei%2012/GutierrezEspada\(reei12\).pdf](http://www.reei.org/reei%2012/GutierrezEspada(reei12).pdf).

7 Al día de hoy no existe una definición legal, científica y técnica, universalmente aceptada aunque sí, aproximadamente, se considera que el espacio inicia por encima de los cien kilómetros de la superficie terrestre; Péricles Gasparini Alves, *Prevention of an Arms Race in Outer Space. A Guide to the Discussions in the Conference on Disarmament*, New York, UNIDIR, United Nations, 1991, part I, p.10. EscucLeer fonéticamente

8 Nota del editor: Nikita Krushev (1894-1971) fue el líder de la Unión Soviética durante 1953-1964. La URSS lanzó el primer satélite al espacio el 4 de octubre de 1957.

9 Cit. En: Philip. Quigg, “Open skies and open space”, in *Foreign Affairs*, , I, n.37, October 1958, p. 95.

nacional por reivindicación de soberanía, uso u ocupación, ni de ninguna otra manera [...]” (art. II).¹⁰

Fue una decisión importante, que retomaba el sentido, más que la letra precisa, del texto firmado pocos años antes, después de siglos de disputa para disciplinar el uso de la alta mar.¹¹ El artículo II de aquello, en efecto, recitaba que: “la alta mar está abierta a todas las naciones, ningún Estado podrá pretender legítimamente someter cualquier parte de ella a su soberanía”.¹²

Los dos tratados se alejaban de la redacción del Tratado sobre el Antártico, firmado por esos mismos años, el cual no perjudicaba los derechos de soberanía –reclamada por más Estados, que no habían conseguido ponerse de acuerdo (como, en cambio, había sucedido para el Ártico) sobre los parámetros para reivindicarlos–, sino, solamente los suspendía.¹³

Este último tratado, sin embargo, tenía en común con el que se refería al espacio el llamado al uso pacífico. Así como el espacio, la Antártida, aunque en un tono menor, era un espacio vacío (*terrain vague*) con una potencialidad militar interesante, cuyo desarrollo estaba inhibido por el artículo I del Tratado, según el cual:

La Antártida se utilizará exclusivamente para fines pacíficos. Se prohíbe, entre otras cosas, medidas de carácter militar, tales como el establecimiento de bases y fortificaciones militares, la realización de maniobras militares, así como los ensayos de toda clase de armas.¹⁴

A este texto se refirieron, literalmente, los redactores del texto del Tratado sobre el espacio que establecía, en el artículo IV, su uso “exclusivamente para fines pacíficos” que se tenía que concretar en el empeño de los firmantes:

[...] a no colocar en órbita, alrededor de la Tierra, ningún objeto portador de armas nucleares o ni de ningún otro tipo de armas de destrucción en masa, a no emplazar tales armas en los cuerpos celestes y no colocar tales armas en el espacio ultraterrestre en ninguna otra forma.¹⁵

10 Citado de: http://www.oosa.unvienna.org/oosa/es/SpaceLaw/gares/html/gares_21_2222.html

11 M.J.Peterson, “The use of analogies in developing outer space law”, in *International Organization*, 51, Spring, 1997, No.2, pp. 245-274.

12 Convención internacional concerniente a la alta mar, firmada en Ginebra el 29 de abril de 1958 y puesta en vigencia el 30 de septiembre de 1962.

13 Tratado sobre el Antártico, firmado en Washington el 1 de diciembre de 1959 y puesto en vigencia el 23 de junio de 1962.

14 Citado de: http://www.ats.aq/documents/ats/treaty_original.pdf.

15 Citado de: http://www.oosa.unvienna.org/oosa/es/SpaceLaw/gares/html/gares_21_2222.html

El artículo también hacía referencia explícita a la prohibición del “establecimiento de bases militares, instalaciones y fortificaciones, pruebas de cualquier tipo de armas y la realización de maniobras militares en los cuerpos celestes”.

No fue fácil convencer a los militares norteamericanos –y a los soviéticos, probablemente (pero la falta de estudios en este sentido no nos permite estar seguros)– de aceptar esta cláusula, que ponía fin a la hipótesis un poco fanfarrona, pero no por esto menos inquietante, que Wernher von Braun había sido capaz de hacer aceptar a un estrecho pero poderoso grupo de conocidos en los años cincuenta. El inventor de los V-2, bajo mando de los nazis, transformado en un fanático ciudadano norteamericano, intentaba construir una base espacial provista de armas nucleares que permitiese decretar, de una vez por todas, la supremacía norteamericana.¹⁶

Incluso si el tratado obstruía el camino a la militarización activa (*weaponization*) del espacio, su militarización llamada “pasiva” no estaba excluida. El texto no hacía ninguna referencia a la prohibición del uso del espacio para funciones “de apoyo” a las clásicas fuerzas armadas, funciones que se centraron, inicialmente, sobre comunicación, observación terrestres, alerta y, en particular, reconocimiento.

Desde hacía algún tiempo, los Estados Unidos y la Unión Soviética estaban activos en este campo, crucial sobre todo para los norteamericanos, que presos entre la retórica rimbombante de Kruschev y el secreto del sistema soviético, tenían una objetiva dificultad para evaluar los recursos militares del adversario.

En 1960¹⁷, con el lanzamiento del *Discovery XIV* de la serie *Corona*, los Estados Unidos adquirieron la capacidad técnica para observar la tierra desde el espacio. Se trataba de medios todavía rudimentarios e inseguros –la película para revelar era expulsada del satélite y enviada a la tierra, con un pequeño paracaídas, e interceptada en vuelo por un avión; pero el potencial de los satélites como plataforma logística no escapó a nadie.

En el momento en que la Unión Soviética, con la serie *Cosmos*, adquirió una capacidad análoga¹⁸, Kruschev aceptó la licitud de aquellas actividades que el delegado soviético al Comité de Usos Pacíficos del Espacio Ultraterrestre de las Naciones Unidas (ONU COPUOS) había poco tiempo antes definido como “incompatible con los objetivos del género humano en la conquista del espacio”.¹⁹

16 Michael J. Neufeld, ‘Space superiority’: Wernher von Braun’s campaign for a nuclear-armed space station, 1946-1956”, en: *Space Policy*, vol. 22, February 2006, pp. 52-62., spec. p. 58.

17 Nota del editor: 18 de agosto de 1960.

18 Nota del editor: 16 de marzo de 1962.

19 Ver: Gerald Steinberg, *Satellite Reconnaissance. The Role of Informal Bargaining*, New York, Praeger Publishers 1983, p.54.

El reconocimiento satelital como elemento de estabilización de la “Guerra Fría”

A la obligación jurídica internacional sancionada en el *Outer Space Treaty* (OST), se asociaba un “régimen informal” a través del cual, tácitamente, las dos superpotencias admitían poder espiarse recíprocamente.²⁰ El espacio se presentaba, por lo tanto, al final de los años sesenta, en la doble apariencia de una potencial extensión del campo de batalla y como un precioso instrumento de equilibrio estratégico.

Al amparo de este tácito régimen, las dos superpotencias, después de haber completado el *build up* misilístico durante los años sesenta,²¹ no detuvieron su carrera armamentista, sino que cambiaron, más bien, su curso. Seleccionadas las cadenas tecnológicas en el campo de los misiles y de las ojivas (sistemas de armas que permanecieron en uso, con frecuencia, hasta los años ochenta y, en sus versiones civiles, están actualmente en funcionamiento, como los *Delta* y los *Atlas*), se pasó a un perfeccionamiento cualitativo que implicó la precisión de disparo, la “mirvización”²² de las ojivas y el reforzamiento de los “silos” que contenían las versiones de base fija de los misiles intercontinentales (*Atlas*, *Titan* y *Minuteman* en el caso norteamericano) –mientras los misiles intermedios de base móvil submarina y a combustible sólido, *Polaris*, sustituían poco a poco los *Thor* y los *Júpiter*, de base fija y combustible líquido, más vulnerables y menos manejables.

Al mismo tiempo, se comenzaron a explorar las potencialidades militares “activas” del espacio –con iniciativas no siempre en consonancia con el espíritu del OST de 1967.

Fue así como, pocas semanas después de la firma del Tratado, los Estados Unidos revelaron que la Unión Soviética estaba experimentando un nuevo sistema de arma cercana a las espaciales, aunque sin podersele asemejar, según admitían los mismos norteamericanos, desde un punto de vista formal. Se trataba del *Fractional Orbital Bombardment System* (FOBS), compuesto de un misil tierra-aire, diseñado para alcanzar el objetivo a tierra a través de aproximaciones indirectas (cumpliendo, por ejemplo, un trayecto sobre la Antártida para alcanzar

20 John Lewis Gaddis, “The Evolution of a Reconnaissance Satellite Regime”, in Alexander L. George, Philip J. Farley, Alexander Dallin (a cura di), *US-Soviet cooperation achievements, failures, lessons*, New York-Oxford, Oxford University Press, 1988, pp.- 353-372.

21 International Institute for Strategic Studies, *The Military Balance 1977-1978*, IISS, Routledge, London, 1977, p. 80 e p. 90.

22 El término “mirvización” deriva de un acrónimo inglés (MIRV) que significa: *multiple independently targetable reentry vehicle*. Se define así a un misil intercontinental con ojivas capaces de golpear más de un objetivo al mismo tiempo, con sistemas de guía autónomos.

los Estados Unidos eludiendo las redes de radar de *early warning* –alerta temprana). Pero fue el propio carácter innovativo del misil, en particular el hecho de dar una fracción de la órbita, así como indica confusamente su nombre, lo que decretó su debilidad en términos de precisión y potencia. Los tradicionales *ICBM* seguían siendo sistemas de largo alcance mucho más eficaces y de los *FOBS*, poco a poco, se dejó de hablar.²³

Mientras tanto emprendían y también abandonaban estudios e investigaciones sobre posibles sistemas de armas anti-satélite, los *ASAT* (*anti-satellite systems*) cuya prohibición legal los estadounidenses y los soviéticos empezaron a discutir brevemente en el bienio 1978-1979 –en concomitancia con las negociaciones para el *SALT II-24* para, después, abandonar la cuestión.

En el campo de los *ASAT*, los Estados Unidos habían iniciado el estudio de una “*active anti-satellite capability [...] nuclear and non-nuclear*” desde 1963.²⁵ Se trataba de una vasta colección de estudios e investigaciones basadas, en parte, sobre la reutilización de tecnología ya adquirida a través de los programas de producción de misiles balísticos y, en parte, sobre nuevos proyectos. Los resultados fueron, de una parte, la puesta en marcha de sistemas que hacían uso de misiles de corto o mediano alcance, *Nike Zeus* y, sucesivamente, *Thor*,²⁶ y, de otra parte, la identificación de nuevas tecnologías que permitieron explotar la “energía directa” contra los satélites y misiles (*LASER* y *MASER*).²⁷ Muchas veces, en los Estados Unidos así como en la Unión Soviética, estos proyectos fueron abandonados antes de entrar en la fase de operación, o se mantuvieron activos con pocos recursos humanos y financieros.

Los satélites neutralizaron el peligro de la carrera armamentística entre la Unión Soviética y los Estados Unidos de dos modos. El primero fue una paradoja:

23 Raymond Garthoff, “Banning the Bomb in Outer Space”, in *International Security*, vol. 5, Winter 1980/81, n.3, pp. 25-40, spec., pp. 38-39 e Paul Stares, *The militarization of space, US Policy 1945-1984*, New York, Cornwell University Press, 1985, pp. 99-194. Garthoff recuerda que el artículo IX del *SALT II*, firmado en 1979, pero no ratificado, contiene una prohibición explícita contra los “*fractional orbital missiles*”.

24 Después de la invasión soviética a Afganistán el *SALT II* no es ratificado de parte de los norteamericanos y las discusiones relativas a las armas anti-satélite son abandonadas.

25 Cit. en: R. L. Garthoff, art. cit., p. 33.

26 Los *Thor*, a partir de los cuales se iniciaba el desmantelamiento de la base europea, constituyen la base del *Programa 437*, que predecía la realización de un sistema en capacidad de interceptar objetivos hasta una altitud de 200 millas marítimas, y capaz de provocar daños comparables a un mecanismo nuclear de pequeñas dimensiones. El programa, abierto en 1964, fue abandonado en 1970 –uno de sus límites fundamentales consistía en causar a todos los satélites estacionados en el vecindario de los enemigos (y de allí también a los propios) los mismos daños infligidos. También el programa *Sentinel*, lanzado por McNamara en 1967 como respuesta a la consolidación del arsenal nuclear chino después del primer test de 1964, es abandonado en 1969 (¡pongámonos a pensar...!). Véase: P. Stares, op. cit., pp. 120-129.

27 *Light Amplification by Stimulated Emission of Radiation e Microwave Amplification by Stimulated Emission of Radiation*; P. Stares, op. cit., p. 111.

al favorecer la información recíproca respecto a la potencialidad y dislocación de sus propias fuerzas, los satélites permitieron a las contrapartes evitar los excesos del rearme deseado por los “halcones”. Al mismo tiempo, perfeccionar la capacidad de golpear objetivos cruciales se volvió un elemento esencial para fortalecer la credibilidad de la amenaza nuclear y, por ende, de la disuasión.

Así se pudo desarrollar la doctrina de la MAD (*Mutual Assured Destruction*), que se basaba en la suposición según la cual las partes, siendo conscientes de la imposibilidad de ganar un conflicto, serían disuadidas por utilizar un *first strike*. El asunto podría, sin embargo funcionar sólo en caso de perfecta simetría en los arsenales, simetría que prefiguraba, en caso de conflicto, una segura destrucción mutua. Parecía una locura, indicada en el significado del acrónimo, si es leído como una palabra autónoma (*mad*), pero no era más que la tentativa de contener, formalizándola, la carrera armamentista.

Los satélites fueron, también, esenciales para superar el mayor obstáculo para la firma de los SALT I (*Strategic Arms Limitation Talks*), aquellos tratados entre los Estados Unidos y la Unión Soviética que, por primera vez en la historia, trataron de poner fin a esta carrera, estabilizando el *balance of terror*. Uno de los grandes obstáculos para la estipulación de estos acuerdos había sido el dilema entre la necesidad de establecer un sistema de verificación y la absoluta hostilidad de la Unión Soviética hacia todas las hipótesis de inspecciones terrestres. El dilema pudo ser, al final, resuelto mediante el recurso a los satélites (que estaban públicamente mencionados en el tratado con la eufemística expresión *means of verification*), capaces de detectar la presencia de las armas prohibidas sin herir la sensibilidad soviética.

Los SALT I comprendían un tratado quinquenal de limitaciones de los misiles ICBM y SSBM y uno de duración indefinida sobre limitaciones a los misiles antibalísticos, el *Anti Ballistic Missile Treaty* (ABM), que señalaba, simbólicamente, la renuncia de las partes a la búsqueda de la invulnerabilidad. Más que un acto de buena fe, su firma en 1972, poniendo fin a la búsqueda de una superioridad tanto ilusoria como costosa y peligrosa, fue un síntoma de reconocimiento mutuo y de realismo por parte de las dos superpotencias.

El espacio en el imaginario militar entre los años ochenta y noventa

El espacio volvió, brevemente, a representar una posible “nueva dimensión” de las guerras futuras bajo la administración Ford, cuando Donald Rumsfeld, joven secretario de defensa desde 1975 hasta 1977, propuso dejar a un lado la *Mutual Assured Destruction* a favor de una doctrina de empleo que rehabilitase el concepto de *first strike* y de guerra nuclear. Dentro de esta visión, donde la

población civil era el rehén esgrimido por el más fuerte para alcanzar sus propias finalidades, el dominio del espacio podría ser aquella ventaja decisiva necesaria para obtener una posición de fuerza sobre el adversario.²⁸

La llegada de Jimmy Carter a la presidencia en 1977 provocó un repentino abandono de estas apocalípticas visiones, pero no de su premisa original: la necesidad de apuntar a la invulnerabilidad del territorio norteamericano, sin la cual sería un suicidio político proponer un *first strike* como hipótesis de guerra de combates.

Para garantizar esta invulnerabilidad, bajo la presidencia de Reagan (1981-1989) tomó fuerza la idea de preparar un escudo espacial dotado de mecanismos dirigidos a la vigilancia y localización de los misiles “enemigos” como, también, a su destrucción durante su fase de lanzamiento y de vuelo.

La Iniciativa de Defensa Estratégica (*Strategic Defense Initiative*) fue rechazada por una parte significativa de la comunidad científica estadounidense como irrealizable y, de otra parte, considerada por muchos observadores políticos como muy peligrosa. Militarmente, no se pudo demostrar sus cualidades, ya que nunca se realizó; su importancia fue, más bien, simbólica y económica. Desviando hacia la investigación avanzada, y hacia algunas industrias privadas “de punta”, una ingente cantidad de dinero público en un período de crisis, lograron converger en un único proyecto de palingenesis, de renovación radical, dos poderosos (pero hasta ahora en conflicto) motores de la identidad nacional norteamericana: aislacionismo y mito de la frontera.

Mientras tanto, el espacio y los satélites que obraban en él, se vuelven siempre más importantes como medios para fortalecer la eficacia y la proyección de fuerzas en las guerras de combate .

Dentro de la nueva doctrina de empleo que, a partir de la segunda mitad de los años ochenta, fue definida como *Revolution in Military Affaire* (RAM), adquirirían centralidad las funciones denominadas C4 (*Command, Control, Communication, Computing*) e ISR (*Intelligence, Surveillance and Reconnaissance*). De varias maneras, todas se basaban en medios satelitales, sea que ellas proporcionaran los medios para desarrollar una mayor sinergia entre los diversos componentes de las fuerzas armadas; sea que permitieran ejercitar una función de control de los territorios distantes de los centros de mando, o que fueran adoptadas para utilizar con más eficacia *smart bombs...*²⁹

28 Aaron Friedberg, *A History of the US Nuclear Strategic Doctrine -1945 to 1980*. En: “The Journal of Strategic Studies”, vol. 3, December 1980, n. 3, pp. 37-71, spec. 56-57.

29 Lawrence Freedman, *The Revolution in Strategic Affairs*, Adelphi Paper n.318, II SS, London, April 1998; Colin Gray, *Modern Strategy*, Oxford University Press, Oxford, 1999, pp. 243-272.

La RAM prometía guerras “limpias”, focalizadas sobre el elemento informático, con fuertes referencias simbólicas a los videojuegos que empezaban entonces a consolidarse como medio de entretenimiento entre las jóvenes generaciones de todo el mundo. La RAM apuntaba a evitar el contacto directo entre los combatientes (*no engagement*) o, alternativamente, filtrarlo a través de medios tecnológicos en los cuales los Estados Unidos tenían una abrumadora superioridad (*asimmetry*).³⁰

La naturaleza de los conflictos hipotéticos de la RAM ponía la guerra en primer plano como un medio de resolver las controversias, después que el equilibrio del terror, por más de tres décadas, había vuelto esta hipótesis poco practicable. Joxe habla, a este respecto, de un resurgimiento de las “operaciones” respecto a la precedente “macrologística de la disuasión”.³¹

Desde el punto de vista tecnológico, entre tanto, se hicieron grandes avances en el perfeccionamiento de los instrumentos de apoyo que el espacio ofrecía para el control del territorio y la eficacia de las fuerzas armadas que habían trabajado en eso. Por una parte, maduraban las tecnologías satelitales sobre las cuales se había invertido mucho en las dos décadas anteriores –comunicaciones, meteorología, navegación, posicionamiento, *remote sensing*, alerta temprana–; de otra parte, se perfeccionaban las tecnologías desarrolladas tempranamente, tal como el reconocimiento. El perfeccionamiento se daba tanto por medio de revoluciones tecnológicas –de los satélites ópticos a los infrarrojos y de estos a los de radar– cuanto a través de mejoras en las tecnologías tradicionales –por ejemplo, en los satélites ópticos se pasaba de las cámaras fotográficas tradicionales a herramientas similares a las modernas cámaras digitales.

En general, los cambios iban en el sentido de un aumento de precisión y de cobertura –los satélites que utilizan los llamados radar de apertura sintética, por ejemplo, alcanzaban, por vez primera, penetrar las cubiertas nebulosas. Al mismo tiempo, las constelaciones de satélites en órbita baja permitían garantizar la continuidad de la información provista –no más agujeros negros en las informaciones terrestres.

Se hacía cada vez más claro que el control del territorio, legitimado por una “crisis” o guerras en curso, se estaba arbitrariamente generalizando hasta incidir prepotentemente sobre la libertad individual de sus habitantes. Cayó, por ejemplo, en esta categoría de actividad aquella nota con el acrónimo de SIGINT (*signal intelligence*), creada para localizar los sistemas de telecomunicaciones y

30 Alain Joxe, *L'empire du chaos. Les Républiques face à la domination américaine dans l'après-guerre froide*, Paris, La Découverte, 2004 (1 ed. 2002), p. 122.

31 Ibidem, p. 121.

radar, para escuchar los mensajes que por estos sistemas transitaban y para individualizar sus fuentes de emisión.³²

La idea orweliana de un control perpetuo de todo y de todos empezaba a entrar en el horizonte de las opciones técnicamente factibles sin que muchos, a parte de algunos directores visionarios, tomaran conciencia de la gravedad de este fenómeno.³³

Las consecuencias del fin de la Guerra Fría y de la “guerra contra el terror” en la naturaleza de los conflictos y el papel del espacio en ellos

En el frente de las guerras imaginadas, el fin de la Guerra Fría llevó al presidente Clinton a abandonar la hipótesis de guerras de las galaxias. Esta decisión, tomada en 1993, no significó la clausura de la SDO (*Strategic Defense Organization*), creada para gestionarlo –que se transformó, en cambio, en MDO (*Missile Defense Organization*).

El tema de la defensa misilística (*Ballistic Defense*) fue puesto en *stand by* para reaparecer, prepotentemente, después del ataque terrorista a las Torres Gemelas del 11 de septiembre de 2001.

Esta crucial evolución en el modo de pensar la guerra del futuro tomó dos formas: el abandono, en el 2002, del tratado ABM, que tenía garantizada la estabilidad del *balance of terror* durante la Guerra Fría y la consolidación financiera del 50% de los fondos destinados a la defensa balística –que pasaron de 5.421 millones dólares durante el 2001 a 7.775 en el 2003.

El presupuesto para el espacio militar, que siempre ha representado, en términos absolutos, uno entre los más gruesos en el campo de los sistemas de armas, ha logrado en el balance de previsión de 2007 la cifra realmente consistente de 10.401 mil millones de dólares –la mayor parte de los cuales estará, según como queda escrito en el mismo presupuesto, por Lockheed Martin, Boeing y Raytheon, empresas oligopolísticas que operan desde hace años en el sector espacial.³⁴

32 Hace parte de la vasta tipología de los SIGINT, *Echelon*, el sistema de interceptación global anglo-americano creado en los años ochenta y objeto, en 1998, de un informe comisionado a la *Security Technological Option Assessment Office* (STOA) del Parlamento europeo que desencadenó un vasto debate en Europa. Este sistema, valiéndose de satélites y de estaciones de escucha a tierra, favorecía la recolección de información comercial reservada, llegando, según algunos, a configurarse como instrumento de verdadero y genuino espionaje industrial –tanto más frecuentemente en los campos tecnológicamente avanzados como en aquellos espaciales para algunas profundizaciones útiles sobre el tema, véase la relación del Comité Parlamentario para los Servicios de Información y Seguridad y para el secreto de Estado del Parlamento Italiano. “El papel de los servicios de información y seguridad en el caso *Echelon*”, aprobado en el Comité mismo el 29/ 11/ 2000 y fácil de encontrar en el sitio de la Cámara de los Diputados –www.camera.it.

33 La masiva publicación de los despachos de las embajadas de los Estados Unidos por wikileaks podría ser visto bajo esta perspectiva, como una venganza de los espíados contra sus espías.

34 Es bueno recordar, de otra parte, que la cifra representa un pequeño porcentaje dentro del presupuesto

En el frente de las guerras combatidas (*waged wars*), el fin de la guerra fría y el surgimiento paralelo de una fase de conflictividad difusa, permite poner a prueba la hipótesis avanzada en el ámbito de la RAM.

EscucharLas múltiples recaídas en el empleo de tácticas asociadas al uso de satélites comenzaron a hacerse evidentes a partir de la primera guerra del Golfo, cuando se pusieron de relieve, también, con un episodio emblemático, sus debilidades. En los días previos a la invasión de Kuwait por parte de Irak, que se llevó a cabo el 2 de agosto de 1990, los satélites norteamericanos detectaron un masivo movimiento de tropas (100.000 soldados) y material de apoyo logístico en la frontera con Kuwait. Pero surgieron disputas entre la CIA y la DIA (*Defense Intelligence Agency*, que pertenece al Departamento de la Defensa) sobre el significado de estas maniobras, que la CIA consideraba el preludio de una invasión y la DIA, por motivo de su excesivo carácter descubierto, atribuía al deseo de hacer alarde por parte de Saddam.³⁵ Mirar no significa ver...

Al mismo tiempo, el aumento de la dependencia de los sistemas espaciales creaba las bases para un cambio profundo del significado de las batallas. En la primera guerra del Golfo, el 92% de las bombas no tenían un sistema de guía interna (eran lanzadas, por así decirlo, a ojo) y el 8% era guiado con la ayuda de láser. Este porcentaje aumentó notablemente durante la guerra de Kosovo, donde fueron utilizadas nuevas armas de precisión que se valían del GPS (*Global Positioning System*), el sistema de satélites militares que ayuda a localizar personas y cosas en la tierra. El 60% de las bombas lanzadas sobre Afganistán entre el 2001 y el 2002 ha utilizado señales de este tipo (o láser)³⁶ y esta dependencia se ha incrementado en la campaña iraquí. Lo que no quiere decir que, necesariamente, estas bombas hayan centrado siempre en los objetivos (la información no era proporcionada en tiempo real) o que no hayan centrado, a veces, en objetivos

que ha superado en el 2006 los 400 millones de dólares y ha sumado un costo total de más de 6.500.000 millones en el 2010, teniendo en cuenta también las campañas en Afganistán e Irak. Los balances militares norteamericanos, a partir de aquel relativo año fiscal de 1996, están en el sitio de la *Office of the Under Secretary of Defense (Comptroller)*: www.dod.mil/comptroller/budgetindex.html.

35 John Pike, Desert Storm- Imagery Intelligence publicado en el sitio de la FAS (*Federation of American Scientists*): www.fas.org/spp/military/docops/operate/ds/images.htm. La *Federation of American Scientists* (FAS), fundada en 1945 por algunos eminentes científicos que habían hecho parte del Proyecto Manhattan, se ocupa de velar para que los avances en el campo de la ciencia y la tecnología sean utilizados para producir unos Estados Unidos más seguros, su economía más sostenible y su sociedad más justa. Se hace distinguible por la oferta de una experticia pluralista y confiable que conduce desde hace cincuenta años una batalla democrática de gran rigor a favor de la información pública y de la transparencia sobre temáticas que, como la seguridad, implican política, ciencia y tecnología.

36 *Ensuring America's Space Security. Report of the Federation of American Scientists (FAS) Panel on Weapons in Space*, September 2004, p.12; el texto es reproducido en su totalidad en: www.fas.org/main/content.jsp?formAction=297&contentId=311.

equivocados.³⁷ Sólo quiere decir que el piloto está expuesto a peligros, progresivamente menores: ya que no debe “ver” directamente aquello que golpea.

En estas dos últimas guerras, además, la disponibilidad de sistemas espaciales ha hecho que se pueda iniciar una eficaz “deslocalización” de las fuerzas armadas norteamericanas: los aviones no tripulados *Predator* (*Unmanned Aerial Vehicle*, UAV), exploradores para funciones de inteligencia, reconocimiento y vigilancia (y con capacidad de transportar, también, en su versión actual, dos misiles), fueron, en efecto, lanzados y recuperados en el *teatro de operaciones*, pero administrados por el USAF *Weapons Center* de Nellis AFB, Nevada, en los Estados Unidos. Allí se turnaban los pilotos de la 15ª Escuadrilla, encargados de llevar a cabo, sentados cómodamente en sus simuladores, las operaciones de guerra encomendados a los *Predator*.³⁸

La llamada asimetría del riesgo no crea sólo problemas psicológicos a quien es su beneficiario sino que, al poner al adversario de forma individual a merced total del atacante, trastorna algunas reglas fundamentales de la guerra. Si la frontera entre la *counter insurgency activity* y la guerra clásica se vuelve siempre más aleatoria y en parte justifica (en la visión de quienes combaten contra fuerzas que consideran criminales y no beligerantes) el uso de medios “inapropiados”, el oficio de soldado no puede convertirse en el de asesino sin causar graves consecuencias en la conciencia civil global.

Nadie se puede eximir de este tipo de reflexiones después de haber visto películas como aquella cargada en Wikileaks en abril de 2010, en la cual, gracias a un control total de la situación en tierra y cielo, y un sistema de puntería de gran precisión, pero leyendo de modo errado indicios visuales concretos (en este caso, confundiendo la cámara fotográfica de un reportero de la agencia Reuters por un kalashnikof), algunos soldados estadounidenses asesinan a sangre fría a un grupo de civiles, intercambiando recíprocos gritos de aliento propios de un vídeo-juego.³⁹

Estos interrogantes se hacen más urgentes cuando se los considera dentro de las modificaciones de la política espacial estadounidense, consolidada a partir de la segunda mitad de los noventa y que, de *facto* si no de *jure*, contrasta con

37 Para el caso de Kosovo, ver: Florence Gaillard, “La dimension spatiale de la guerre contre la Yougoslavie”, in: *La revue internationale et stratégique*, n. 36, hiver 1999-2000, pp. 117-121.

38 Muchos de ellos no han logrado sostener psicológicamente el peso de esta guerra asimétrica. David A. Fulghum, *The War at Home*. En: “Aviation Week and Space Technology”, 26 September 2005.

39 El vídeo se refiere a una acción desarrollada en los suburbios de la así llamada Nueva Bagdad el 12 de julio de 2007. En el momento de la revisión de este artículo (20 / 10 / 2010) el sitio www.wikileaks.org no está accesible. Una versión abreviada del vídeo se puede ver en: <http://blogs.journalism.co.uk/editors/2010/04/05/wikileaks-releases-video-showing-apache-shooting-of-reuters-news-staff>.

los anteriores compromisos firmados por los Estados Unidos en el ámbito de los *Outer Space Treaty*.

En 1996, la Casa Blanca ha aprobado un documento que, más allá de las expresiones retóricas de apoyo al régimen de libre acceso y empleo para usos pacíficos, marcaba, de hecho, el camino de un nuevo enfoque al problema del control del espacio. “El acceso y utilización del espacio” se afirma “son fundamentales para preservar la paz y la protección de la seguridad nacional de los Estados Unidos, así como de sus intereses civiles y comerciales”. Por esto, dice el texto más adelante:

En consonancia con las obligaciones del tratado, los Estados Unidos van a desarrollar, operar y mantener las capacidades espaciales de control para garantizar la libertad de acción y, si así se decide negará esa libertad de acción a los adversarios. Estas medidas podrán también ser perfeccionadas con medidas diplomáticas, jurídicas y militares para evitar el uso hostil de un adversario de los sistemas espaciales y de servicios.⁴⁰

No sorprende leer, en este contexto, la sucesiva referencia al programa de defensa de misiles, justificado por la voluntad de “*to provide for enhanced theater missile defense capabilities later this decade*”.⁴¹

En la revisión de la *National Space Policy* aprobada en 2006, la centralidad del espacio para la seguridad nacional norteamericana estaba confirmada en términos perentorios, así como la intención de avanzar hacia la construcción de una “*multi-layered and integrated missile defense*”.⁴² El predominio en el campo espacial es presentado como un activo imprescindible. “En este nuevo siglo”, se lee, de hecho, en las primeras líneas de la versión pública del documento:

[...] aquellos que efectivamente usen el espacio disfrutarán de mayor seguridad y prosperidad, y celebrarán una ventaja sustancial sobre los que no lo hacen. La libertad de acción en el espacio es tan importante para los Estados Unidos como el poder aéreo y el poder marítimo.

40 El texto continuaba afirmando que: “*The United States will maintain and modernize space surveillance and associated battle management command, control, communications, computers, and intelligence to effectively detect, track, categorize, monitor, and characterize threats to US and friendly space systems and contribute to the protection of US military activities*”; *National Space Policy*, 19/9/1996. En: www.ostp.gov/NSTC/html/fs/fs-5.html.

41 Y, ahora: “*a national missile defense deployment readiness program as a hedge against the emergence of long-range ballistic missile threats to the United States; and an advanced technology program to provide options for improvements to planned and deployed defense*”.

42 “*The United States considers space capabilities [...] vital to its national interests*”. Para el texto del documento, puede verse: www.ostp.gov/html/US%20National%20Space%20Policy.pdf

La analogía introducida en la última frase sugiere un concepto de *libertad del espacio* bastante lejano de aquél firmado en el *Outer Space Treaty*, sospecha confirmada por la recuperación de la expresión ya utilizada en el documento de 1996, según el cual el país se debe comprometer a “desarrollar capacidades, planes y opciones para garantizar la libertad de acción en el espacio, y, si así se decide, negar esta libertad a los adversarios”.

Teniendo en cuenta estas premisas, que contrastan con el compromiso a favor de la libertad de “exploración y la utilización” del espacio firmado en el ámbito del OST, no es sorprendente observar como el reclamo formal del compromiso hacia una juridización y gestión multilateral (presente en el documento de 1996), esté aquí abandonado para dejar espacio a una abierta oposición a cualquier “desarrollo de nuevos regímenes legales u otras restricciones que tratan de prohibir o limitar el acceso de los Estados Unidos al uso del espacio”.

Todos estos argumentos, por otra parte, ya habían sido presentados en enero de 2001 por la *Commission to Assess United States National Security Management and Organization*, convocada bajo el liderazgo de Rumsfeld. En particular, la Comisión, desmintiendo décadas de trabajo del COPUOS y en flagrante contradicción con la letra del *Outer Space Treaty* de 1967, había sostenido la inexistencia de prohibiciones legales internacionales sobre la puesta en órbita y la utilización de las armas en el espacio (prohibiendo el tratado sólo aquellas de “destrucción masiva”) y el uso del espacio para llevar a cabo operaciones militares ofensivas en tierra, reclamando el inicio de una verdadera y propia militarización del espacio.⁴³

Los redactores del documento se preguntaban si sería posible llevar el país hacia esta revolución en tiempos de paz o si, como en el pasado, sería necesario un “*Pearl Harbor espacial*”, “para galvanizar a la nación y hacer actuar al gobierno de los Estados Unidos”. ¿Qué tipo de ataque? Entre los previstos emergía, premonitoriamente, uno perpetrado por terroristas contra las fuerzas y ciudadanos estadounidenses y en el extranjero o, incluso, en “territorio de los Estados Unidos”.

43 “[...] *there is no blanket prohibition in international law on placing or using weapons in space applying force from space to earth or conducting military operations in and through space*”: <http://www.fas.org/spp/military/commission/report.htm>. Poco tiempo después, John Bolton, en aquel entonces *US Undersecretary of State for Arms Control and Non-Proliferation*, declaraba en Ginebra, donde veinte años antes (1982) el temade una *Prevention of an Arms Race in Outer Space* (PAROS) había estado inserto en la agenda de las discusiones del *Committee on Disarmament*, que no veía ningún motivo para reabrir las discusiones legales sobre el *status* del régimen regulatorio del espacio.

Conclusiones

La santuarización del espacio, fruto de la convergencia de los intereses de las dos superpotencias durante la Guerra Fría, representa hoy en día un patrimonio universal, uno de aquellos hitos en la historia humana que, junto a la abolición de la esclavitud y el fin de la colonización, nos permite tener fe en la posibilidad de grandes revoluciones en la dinámica de poder que gobierna el mundo.

Si la militarización de *facto* del espacio por parte de los Estados Unidos y el abandono del Tratado ABM, pueden ser relacionados con el ataque a las Torres Gemelas del 11 de septiembre de 2001, es importante recordar que estas dos decisiones tienen sus fundamentos en dos procesos de vieja data y larga duración: uno, que invierte el campo doctrinal, es el progresivo abandono del MAD a favor del concepto de “defensa integral” (del que se habla explícitamente en la *National Security Policy* del 2002), el otro, que tiene que ver con el campo político, es la transformación del concepto mismo de seguridad.

La doctrina de la defensa integral, y la actividad que esta legitima en el campo de la *ballistic missile defense* están suscitando, incluso en Europa, un encendido debate, pero no puede decirse lo mismo sobre la redefinición del concepto mismo de seguridad, que parece estar dándose en un contexto de desinterés generalizado.

Este silencio no es debido sólo a una sensación de impotencia (o subordinación) geopolítica, sino, bien miradas las cosas, a una debilidad de los instrumentos analíticos desarrollados hasta ahora para interpretar los cambios actuales. A través del tema de la militarización del espacio, trataré de identificar algunos, dividiéndolos en dos categorías: una que se refiere a la naturaleza de los conflictos y otra, a la relación entre *seguridad colectiva* y *seguridad individual*.

Desde el primer punto de vista, la RAM y la utilización para fines militares del espacio que ella implica, tiende a consolidar una visión de la guerra como una anodina “proyección de fuerza”. Sintomáticamente, en el ya citado *National Security Policy* se habla de “*military diplomacy*”, una obvia contradicción de términos, con tal de que se tenga en cuenta que la pluma y espada, desde tiempo inmemorial, se contraponen y no son complementarias: es decir, tradicionalmente, se recurre a las armas cuando ya se considera agotado el espacio de diálogo y de palabra, no para fortalecer las propias palabras. Logos y violencia, de hecho, tienen lógicas muy diferentes. Con el logos se trata de convencer; con la guerra, de vencer.

La nueva naturaleza de los conflicto golpea profundamente el corazón tradicional del oficio del “soldado”, aquella mezcla de honor y amor de patria invocado por todos los sociólogos en el intento de explicar la esencia de este tan extraño “oficio”. Este cambio parece llevar al extremo el fenómeno desde hace tiempo

revelado de la transformación de las fuerzas armadas de institución (pública) en organización (pública y/o privada),⁴⁴ poniendo en crisis, al mismo tiempo, la clásica definición weberiana del Estado como depositario del monopolio de la violencia legítima dentro de un determinado territorio.

La guerra librada bajo la égida de la “lucha contra el terrorismo”, aunada con la prevalencia tecnológica ofrecida por los medios espaciales, tiende a hacer que todo conflicto pase de ser una *guerra colectiva* limitada en el tiempo, a ser un goteo de asesinatos individuales, muchos de ellos perpetrados por servicios de seguridad privada contratados por los beligerantes mas acaudalados.

Al mismo tiempo, como recordaba hace tiempo Lawrence Freedman, el problema para los “occidentales” de hoy no parece ser el de vencer, sino el de hacerlo de forma “aceptable”⁴⁵ (o sea, para convencer). No es casualidad que, últimamente, a una mayor capacidad técnica para dominar al adversario, corresponda una menor capacidad para lograr el objetivo político establecido.

La asimetría en el campo militar no hace más que acentuar este problema. En un contexto social pre-moderno, como en el que se han combatido las últimas guerras estadounidenses, la asimetría quita cualquier aura heroica al combatiente victorioso y fortalece en cambio la de la víctima.

Historicamente, la asimetría ha alimentado siempre el riesgo de “relanzamientos” hacia abajo (con armas primitivas, por parte de aquellos que saben que no pueden competir) o hacia arriba (con armas más sofisticadas, por parte de los que saben cómo poder hacerlo). En este momento, en particular, la militarización norteamericana del espacio acentúa el riesgo de dos tipos de relanzamientos: hacia abajo, de parte de las organizaciones terroristas, por ejemplo con armas anti-satélite que podrían, con una tecnología primitiva, causar daños catastróficos no sólo a las infraestructuras de apoyo de las fuerzas armadas, sino también a las infraestructuras civiles; y hacia arriba, por parte de los estados con potencial tecnológico desarrollado, por ejemplo con la creación de un sistema de defensa de misiles que se contraponga a los que están en construcción por parte de los Estados Unidos.

A estos alarmantes cambios del escenario en el campo militar los acompaña un peligroso vuelco en la relación entre la *seguridad colectiva* y la *seguridad individual* en el ámbito civil. Este vuelco está actualmente legitimado, en los Estados Unidos, sobre la base de un perenne “estado de guerra”.⁴⁶ La *seguridad colectiva*,

44 Esto no hace más que acelerar un proceso revelado por sociólogos como Charles Moskos al final de los años setenta, ver: “From Institution to Occupation: Trends in Military Organization”. En: *Armed Forces and Society*, Vol. 4, 1977, No. 1, pp. 41-50.

45 L. Freedman, art. cit.

46 “*The United States is a nation engaged in what will be a long war*” es el poco tranquilizador incipit del

como es el caso en tiempo de guerra, está siendo cada vez más disociada, cuando no contrapuesta, respecto a la de los individuos. En la confrontación entre las dos, es esta última la que queda sofocada bajo el peso del “interés nacional”, reformulación anacrónica de la “razón de Estado” que, como justamente afirmaba Foucault, más que defender el ciudadano tiene el propósito prioritario de perpetuar la existencia del Estado que la creó como una enésima y totalizante “tecnología del poder”.⁴⁷

prefacio del *Quadriennial Defense Review Report*, 2006, cit., p. V, mientras el presidente Bush jr., al hacer pública la nueva *National Security Strategy of the United States* (2006), se ha dirigido a sus conciudadanos advirtiéndoles, desde las primeras frases, que “America is at war”.

⁴⁷ Michel Foucault, *Sécurité, territoire, population, Cours au Collège de France (1977-1978)*, Paris, Gallimard, 2004.

